

DURANTE la segunda guerra mundial, Ho Chi-Minh y el general Giap organizaron un movimiento político que se convertiría en el Vietminh. En el momento de la capitulación japonesa se proclama la República Popular de Vietnam —después de derrocar al Emperador Bao-Dai—, con Ho Chi-Minh a su cabeza. El Gobierno francés declara estar dispuesto a reconocer la independencia de Vietnam bajo la condición de que permanezca dentro de la Unión Francesa. Francia invita a Ho Chi-Minh a la Conferencia de Fontainebleau y firman un «modus vivendi» que no será respetado por los franceses.

Al llegar entonces a Francia, el «tío Ho» profetizaba lo que iba a ser esta horrible guerra de Vietnam: «El problema puede durar tres meses... o treinta años. Si los franceses nos obligan a la guerra, me matarán diez hombres mientras que nosotros mataremos a uno de ellos. Pero incluso a ese precio, ganaremos...».

«Será una lucha entre un tigre y un elefante —dijo también Ho Chi-Minh el 11 de septiembre de 1946 al periodista americano David Schoenbrun—: si el tigre se detiene, el elefante lo atravesará con sus colmillos. Pero el tigre no se detendrá y el elefante morirá, lentamente, de cansancio y hemorragias».

La guerra entre el tigre y el elefante continúa hoy. Hoy también el general Abrams o Nixon podrían firmar las declaraciones del entonces jefe de Gobierno francés, Leon Blum (el mismo que mantuvo el principio de la no intervención en la guerra de España). El 23 de diciembre de 1946, el socialista Leon Blum acababa de ser nombrado presidente del Consejo de Ministros y pronunciaba su discurso ante la Asamblea Nacional: «No existe más que un medio para preservar en Indochina el prestigio de nuestra civilización, nuestra influencia política y espiritual, así como nuestros intereses materiales, que son legítimos: se necesita una política fuerte, que no admita réplica. Hemos hecho todo para entendernos con el Gobierno de Vietnam y nos hemos encontrado con la violencia. Estamos dispuestos a participar en la organización de un Vietnam libre, pero antes se debe restablecer un orden pacífico».

Pronto el Gobierno francés se dio cuenta que no podía vencer solo en Vietnam; decidió entonces «traspasar» la guerra a los Estados Unidos, que proporcionarían material y dinero y se instalarían progresivamente en la colonia francesa. Para ello, Francia tuvo que insertar la guerra de Indochina en el contexto norteamericano. La situación internacional favoreció esta labor: la guerra fría, el temor al comunismo y, sobre todo, la guerra de Corea ofrecieron suficientes justificaciones para la intervención.

Los norteamericanos comenzaron a meterse en el avispero vietnamita en 1950, con las consecuencias militares, políticas y morales que hoy observamos. En 1946, Ho Chi-Minh declaraba que «la Unión Francesa se dislocaría en los campos de batalla indochinos». Profecía cumplida que debía dar que pensar a los militares del Pentágono.

En las líneas siguientes vamos a intentar esclarecer las razones que invocó Francia para obtener la ayuda estadounidense, qué justificaciones encontró Norteamérica para concederla, qué exigencias impuso y cómo se efectuó su infiltración económica y militar en Vietnam.

...

Después de la fallida Conferencia de Fontainebleau, Ho Chi-Minh hace un llamamiento a su compatriotas



Legionarios franceses en la guerra de Indochina y GI's americanos en la de Vietnam: el imperialismo ha

INDOCHINA 1946-VIETNAM 1971

LA GUERRA D

El 6 de julio de 1946 —hace exactamente veinticinco años— comenzó en Fontainebleau la Conferencia de Indochina entre el Gobierno francés y el Presidente de la República Popular de Vietnam, Ho Chi-Minh. Destinada en principio a resolver los problemas de las colonias asiáticas francesas, marcó de hecho el inicio de una guerra que dura desde hace un cuarto de siglo. Una guerra que ha

más favorable hacia Ho Chi-Minh, mientras que en el campo occidental los Estados Unidos se preocupan por el carácter comunista que ha tomado la rebelión de los vietminhs. Así, pues, la intervención americana encontrará su justificación no en la defensa de Francia, sino de los Estados Asociados (Camboya, Laos y Vietnam) contra el comunismo.

El 14 de enero de 1950, una declaración de Ho Chi-Minh va a internacionalizar la guerra de Indochina. Se trata de un llamamiento a todos los países «para que establezcan relaciones diplomáticas con la República Democrática de Vietnam, único Gobierno legal que representa la unidad del pueblo vietnamita». La Unión Soviética responde inmediatamente. El 30 de enero, Vichinsky anuncia que su país reconoce a la joven República. «Esta decisión —protesta el Gobierno francés— viola los principios del Derecho internacional, ya que el único Gobierno regular de Vietnam es el formado por Su Majestad Bao-Dai, en quien el Gobierno francés ha delegado los derechos de soberanía que ejercía anteriormente». Francia olvidaba así deliberadamente los acuerdos de Fontainebleau, por los que reconocía en Ho Chi-Minh al interlocutor representativo y valeroso de la nación vietnamita. Claro

que en aquellos momentos —cuando se firmó el documento— la IV República se encontraba sin Gobierno...

Al contrario, el Departamento de Estado americano decide reconocer a los Gobiernos de los Estados Asociados el 7 de febrero de 1950, y establece relaciones diplomáticas con el Emperador Bao-Dai, quien, prudentemente, pasa la mayor parte del año en la Costa Azul francesa, donde celebra incluso los Consejos de Ministros. A cambio de este reconocimiento, Francia renuncia a establecer relaciones con el régimen de Mao Tse-Tung, como había hecho Inglaterra el 6 de enero. En aquellos momentos, Francia no examina a fondo el significado de la «política fundamental» implícita en la decisión americana: la independencia que Francia otorgue a Camboya, Laos y Vietnam debe ser real; en caso contrario, los Gobiernos de los Estados Asociados encontrarán un aliado en Norteamérica contra París.

A partir de entonces comienza a precisarse la política y los fines de la actuación americana en Indochina, que recuerda curiosamente su intervención en la guerra de Cuba y Filipinas contra España a finales del siglo pasado: los Estados Unidos reclaman la independencia total de las colonias, les ayudan militarmente si es necesario contra

para «expulsar a los colonialistas franceses». Se produce una serie de incidentes menores a los que responde la artillería naval francesa efectuando el terrible bombardeo del puerto de Haifong —una de las mayores brutalidades de las últimas guerras—, causando miles de muertos. Era el 23 de noviembre de 1946. El 19 de diciembre, el ejército del general Giap contestó a este ataque entrando en Hanoi tras dura batalla con los soldados franceses. Así comenzó la guerra de Indochina. Hasta finales de 1949 se consideró como un asunto puramente francés, al margen de la guerra fría y de las zonas de influencia de los grandes. Para los norteamericanos, Francia se encontraba ante una guerra colonial como tantas otras, y como tantas otras también, se esperaba que fuese aplastada sin mayores problemas. La Unión Soviética mantenía una actitud prudente, sin apoyar demasiado a Ho Chi-Minh, entre otras cosas porque éste siempre observó una política de independencia que desagradaba a la entonces capital del comunismo.

La indiferencia o la abstención de las grandes potencias permitió a Francia conducir la guerra a su antojo durante cerca de cuatro años, a veces endureciendo la acción militar y otras buscando soluciones políticas. Al iniciarse el año 1950, Francia pierde esta libertad —por no decir esta inmunidad—: la guerra de Indochina se inserta en el contexto internacional y se convierte en un elemento de lucha mundial.

Toma de posiciones

En 1949 triunfó en China la revolución comunista, lo que obliga a la URSS a adoptar una actitud



heredado la guerra del colonialismo, y continúa la lucha frente al mismo enemigo, el pueblo vietnamita.

RAMON LUIS CHAO

E LOS 25 AÑOS

conocido dos fases: la inicial, sostenida por los franceses, fue de reconquista colonial, y la actual —etapa imperialista—, en que el conflicto ha adquirido proporciones mundiales, insertándose en la estrategia planetaria de las grandes potencias. Estas dos fases están íntimamente ligadas, no sólo por su continuidad, sino por las razones o pretextos invocados para justificar la intervención extranjera.

el país opresor, para que, al quedar libres, caigan inevitablemente en manos del país «liberador».

Petición de socorro

El 25 de junio de 1950 comienza la guerra de Corea. El 27, el Presidente Truman ordena al general Mac Arthur que ayude a Corea del Sur, y toma entre otras medidas generales ésta: «He dado instrucciones también para acelerar la asistencia militar a las fuerzas de Francia y de los Estados Asociados de Indochina y para que se envíe una misión militar que coordine las relaciones entre estas fuerzas». La guerra de Indochina se encuentra así íntimamente ligada a la de Corea.

Empieza entonces a germinar en Francia una nueva idea como fácil solución al insuperable problema militar que plantea Indochina: puesto que Francia y los EE. UU. defienden en Extremo Oriente la misma causa, es natural que los americanos, que poseen una mayor capacidad económica y militar, lleven el peso más importante de la guerra.

Francia conserva aún algunas veleidades de independencia ante los Estados Unidos y vota, junto con la URSS y Gran Bretaña, por la admisión de un representante de Chi-

na en el Consejo de Seguridad de la ONU. Pero la dura realidad del campo de batalla terminará con estas ilusiones. En octubre de 1951 comienza una serie impresionante de victorias vicaminhs: en Langson, en Caobang, en Dong Khe las fuerzas francesas son diezmadas y se refugian en el Norte. El ministro Létourneau y el general Juin comprueban sobre el terreno la gravedad de los sucesos. No queda más que una solución: la ayuda norteamericana. El 22 de noviembre, la Asamblea Nacional francesa dirige una petición al Gobierno que constituye una verdadera confesión colectiva de incapacidad y una llamada increíble, apenas disimulada, a los americanos. La resolución fue adoptada por 337 votos contra 187. «La Asamblea Nacional pide al Gobierno que insista ante las naciones libres sobre el carácter internacional del conflicto provocado por el Vietminh, que pone en peligro el porvenir del Sudeste asiático, y sobre la necesidad de un esfuerzo en común».

Condiciones incumplidas

Aquí comienza la verdadera capitulación francesa y el traspaso a Norteamérica del problema indo-

chino. Una entrega relativa y de ninguna forma muy honrosa, pues los Estados Unidos ayudarán en material al tonta que instalan misiones económicas, mientras Francia ha de seguir enviando lo que menos le cuesta: los hombres. Era ya una especie de anticipo de la «vietnamización». Al ministro francés de Defensa, René Pleven (hoy ministro de Justicia), reducido al papel de proveedor de soldados, se le designaba entonces con la macabra expresión de «donneur de sang» («donante de sangre»).

En realidad, los norteamericanos empezaron a interesarse por Indochina en el mes de enero de 1950, cuando su embajador itinerante, mister Jessup, se trasladó a Saigón. Jessup promete una ayuda importante al Gobierno de Bao-Dai. Lo primero que llega a Saigón es una misión económica americana, dirigida por Allan Griffin. Después se inician las conversaciones militares: el embajador francés, Bonnet, discute en Washington con Dean Acheson, y el ya citado Jessup, en París, con Bidault. Las conversaciones tropiezan en dos puntos capitales: los Estados Unidos continúan exigiendo una independencia total de los Estados de Indochina e insisten en que su ayuda debe ir directamente a los Gobiernos de Indochina, sin pasar por Francia. El general Carpentier, jefe de las fuerzas francesas de Indochina, declara el 12 de marzo al «New York Herald Tribune»: «Nunca consentiré que el material llegue directamente a los vietnamitas». Como veremos más tarde, esta decidida oposición no pasó de ser un voto piadoso...

El Gobierno americano se encuentra con una inesperada oposición del Senado, que se niega a enviar mate-

rial al frente francés cuando sus tropas se están batiendo ya en Corea y cuando, por otra parte, la insaciable Francia pide también ayuda militar en Europa. Pero este obstáculo también se vence, y a fines de mayo llega a Saigón Robert Blum, jefe de la misión norteamericana en París, con el objetivo concreto de organizar la ayuda militar, que empezará a notarse un mes más tarde.

Dean Acheson declara entonces que Estados Unidos no regatearía esfuerzos militares, con la única condición de no enviar a Indochina soldados americanos. La otra condición, «de no pasar por Francia», ya había sido resuelta: Donald Heath, representante norteamericano ante los Estados indochinos, se ha convertido en una verdadera potencia, que trata directamente con los dirigentes vietnamitas y personalmente con el Emperador Bao-Dai. Pronto llegan aviones de caza, aparatos anfíbios de desembarco y toda clase de armas. En diciembre, Estados Unidos firman con Vietnam un tratado de ayuda militar.

«¿Qué será de nosotros?»

A mediados de diciembre de 1950, el Gobierno francés toma una decisión importante: sustituir al «dúo» de comandantes-jefes en Indochina —Pignon y Carpentier— por uno de los generales más prestigiosos de la historia reciente de Francia, De Lattre de Tassigny. Hombre de raras cualidades humanas, orgulloso y genial, generoso y desconfiado, De Lattre llega en el momento en que las fuerzas francesas están terriblemente desmoralizadas por la sangrienta derrota de Caobang. Rápidamente consigue mejorar la situación militar, y por primera vez los franceses ganan una importante batalla en Vinh-Yen.

Sin embargo, con gran realismo y a pesar de sus victorias, el general no deja de enviar repetidas advertencias a París: «Si China interviene, ¿qué será de nosotros?». Le parece extravagante «agotar al ejército francés en un combate dudoso que terminará con la independencia total de Indochina».

Sabe De Lattre que no hay otra salida, pero vacante el Gobierno de París y debido a su carácter contradictorio y genial, intenta precisamente la solución contraria: buscar personalmente el apoyo de los Estados Unidos, vigilar él mismo que esta ayuda no merme la autoridad francesa en Indochina y, en fin, evitar que los norteamericanos se infiltren económicamente en los Estados Asociados. Tarea colosal, dada la amplitud de la ayuda americana y de los acuerdos firmados ya con las autoridades indochinas. Sin embargo, veremos que la intuición, el orgullo y el valor de De Lattre estuvieron a punto de lograr este objetivo. Su muerte dejó la tarea a medio hacer.

De Lattre de Tassigny decide enviar a Washington a su hombre de confianza, el general Allard, con la misión concreta de obtener que los Estados Unidos consideren el frente indochino de la misma importancia que el coreano, y que éste no continúe conversando sus preferencias. Allard sale para Washington, acompañado por Pleven y el general Juin, en enero de 1951. Mientras tanto, De Lattre lucha en Saigón contra la infiltración económica americana.

En Washington, Pleven y Juin dejan «trabajar» solo al lugarteniente de De Lattre. Va de despacho en despacho, recorre todo el Pentágono, expone las ideas de su jefe, que seducen a los generales america-

nos... pero la guerra de Corea sigue siendo más importante. Allard consigue muchas promesas y material de la segunda guerra mundial. Regresa a Saigón defraudado, temiendo haber decepcionado al jefe supremo.

De Lattre, que vigilaba todas las actividades americanas en Indochina, descubre el doble juego de ciertos miembros de la Embajada americana y de la Misión económica. Todo lo sabe, todo lo descubre. Un día, leyendo un periódico local, se detiene ante tres líneas aparentemente anodinas: informan que Robert Blum, jefe de la Misión económica americana, sale en avión para Washington aquella misma tarde. Con intuición y temeridad, ordena que se le impida la salida y se le detenga. Efectivamente, Robert Blum llevaba un acuerdo comercial secreto entre los Estados Unidos y Vietnam para realizar los intercambios directamente, sin pasar por Francia. Sin que se le calmase la cólera, convoca al embajador estadounidense, Heath, que escucha sin poder replicar una sarta de insultos. Desde entonces, los americanos se mostrarán más prudentes en sus avances económicos en Vietnam.

Una vez ganada la batalla económica, De Lattre decide ir personalmente a los Estados Unidos para lograr lo que no consiguió su lugarteniente Allard: iguales condiciones para la guerra de Corea y de Indochina. Si bien no se le promete esto para un futuro próximo, el Presidente Truman le asegura que «la ayuda americana a las fuerzas francesas y a los Estados Asociados continuará y que las cantidades de armamento aumentarán a ritmo acelerado».

En gesto de solidaridad muy significativo, el general americano Collins inspecciona el frente indochino a finales de octubre. Aumenta la ayuda americana, y el prestigio del comandante-jefe francés impide que el control estadounidense sea demasiado estricto, disimulando, además, el carácter humillante de las continuas peticiones francesas. Pero toda la obra de De Lattre se viene abajo: el 18 de diciembre cae enfermo e ingresa en una clínica. Muere el 11 de enero de 1952 en esta Indochina donde ya murió su hijo Bernard, en los campos de batalla. Inmediatamente aumenta la infiltración americana, ayudada por las súplicas francesas, cada vez más humillantes.

Desorden intelectual

La actitud del Gobierno y de buena parte del pueblo francés es clara: puesto que defendemos en Indochina al mundo libre, la ayuda americana es normal, y no sólo es normal, sino insuficiente. En un discurso pronunciado el 25 de octubre de 1952, Vincent Auriol, Presidente de la República, advierte que Francia está luchando contra el comunismo desde 1946, y subraya que la guerra ha costado al país el doble de lo que los americanos invirtieron en ella desde 1948. La política francesa obtiene un gran éxito cuando, el 17 de diciembre de 1952, el Consejo de la OTAN adopta una resolución en la que manifiesta «su profunda admiración por el valeroso combate que mantienen las



El Gobierno francés no se decidió nunca a enviar al contingente a luchar en Indochina, por no sensibilizar a la opinión pública. Pero pronto los legionarios y mercenarios se cansaron también de una guerra perdida de antemano.

LA GUERRA DE

fuerzas francesas y los ejércitos de los Estados Asociados contra la agresión comunista», y añade «que la campaña de las fuerzas francesas en Indochina merece una ayuda mayor por parte de los Gobiernos atlánticos».

¿Qué más podía pedir el Gobierno francés? Pero la República francesa se encuentra, una vez más, sin Gobierno. Hay que esperar al 8 de enero de 1953, fecha de la investidura de René Mayer. El nuevo Presidente no deja de exponer públicamente las conclusiones de este texto: «Esta posición de la OTAN deberá tener pronto consecuencias que alliguen el peso que desde hace cerca de ocho años soporta Francia en Indochina».

Esta es la opinión del Presidente de la República. Pero ciertos órganos derechistas esperan incluso más. El diario «L'Aurore» resume el sentimiento de estos medios: «Si los Estados Unidos tomasen a su cargo todos los gastos de la defensa de Indochina, Francia podría dedicar la totalidad de sus fondos a Europa y África».

En Francia, tanto entre la opinión pública como en los medios políticos, reina una desorientación mayúscula. Parte de la opinión empieza a reclamar una paz negociada con el enemigo Vietminh, comprendiendo que Francia ya no puede detener la guerra sin el acuerdo de los americanos. Nadie sabe ya a estas alturas por qué se continúa la guerra. ¿Únicamente por detener al comunismo? Esta razón no puede ser suficiente para un Gobierno en el que predominan los socialistas y para una Asamblea Nacional que alberga a un fuerte núcleo comunista. ¿Se hace para mantener en Indochina los intereses económicos franceses? Para muchos, la

respuesta no puede ser afirmativa, dada la penetración americana en la antigua colonia francesa. El desconcerto es tal, que el diputado Pierre Cot habla en la Asamblea, con razón, del «extraordinario desorden intelectual que atraviesa Francia».

Francia estaba ya atada de pies y manos en la cruz indochina. El embajador americano en Saigón pudo permitirse declarar que «a menos que China ofrezca garantías absolutas, los franceses no estarán autorizados a marcharse de Indochina». Incluso en Saigón, los americanos sostienen la tesis de que «los franceses pueden y deben alcanzar la victoria. Para ello es necesario que se muestren menos avaros de su sangre...». Mientras tanto, según escribe el inglés Eden en sus «Memorias», «en París el deseo de terminar la guerra es unánime, y los oficiales superiores del Estado Mayor francés reconocen secretamente que la evacuación es la única e inevitable solución».

Pero Norteamérica no había terminado aún su instalación económica en Vietnam y necesitaba esta permanencia francesa en la guerra. Nadie mejor que el general francés Navarre supo explicar esta increíble situación: «Francia, sus Estados Asociados y Norteamérica formaban una coalición contra un enemigo común, el Vietminh, pero ninguno de los aliados consideraba desde el mismo ángulo al enemigo, ni las razones de la guerra que le oponían a él. Para los Estados Unidos, el Vietminh era el comunismo y la razón de la guerra era la misma que en Corea: el "contaminación" del comunismo en el Sudeste asiático. Para los Estados Asociados, la razón era el combate contra el enemigo interior, el Vietminh. Pero al

mismo tiempo querían salir de esta guerra "independientes", es decir, libres de los lazos que les unían a Francia, lo que acarrearía un día, inevitablemente, una dependencia de los Estados Unidos. Era imposible que Camboya, Vietnam y Laos pudieran vivir durante mucho tiempo sin la tutela de un gran país. En cuanto a Francia, ya no sabía por qué luchaba. Sus razones de guerra iniciales se habían evaporado. Ya no se trataba de reconquistar una parte de su imperio colonial. ¿Era natural que Francia —pregunta el general Navarre en su libro «Agonía de Indochina»— siguiese soportando los sacrificios de una guerra que ya no le concernía y que únicamente interesaba a América? Al continuar luchando solos, sacábamos las castañas del fuego a los otros».

Nadie cree en la victoria

En abril de 1953, la situación militar francesa se agrava. El general Salan, jefe en aquellos momentos de las fuerzas francesas, solicita un nuevo esfuerzo militar al Gobierno de París, el cual, a su vez... lo obtiene de Washington, con la promesa formal —exigida por los norteamericanos— de preparar un programa de victoria. El general Navarre, nombrado comandante-jefe el 8 de mayo, se encarga de elaborar este plan, capaz de satisfacer a los americanos. Ya nadie cree en la victoria. El mismo René Mayer había confesado días antes al general Navarre que la situación era crítica, y que se debía buscar una solución honorable. En otras palabras, la negociación con el enemigo.

El 27 de junio se firma en Panmunjon el armisticio de Corea. Se trata de una excelente ocasión para terminar con el conflicto indochino. Un año antes, el representante de Francia, Letourneau, había declarado en Saigón: «Cuando se firme un armisticio en Corea, el Gobierno francés será partidario de reunir una conferencia internacional que resuelva pacíficamente el conflicto». ¿Por qué no se aprovecha esta oportunidad? Francia quiso, al parecer, situarse en una situación militar favorable, que le permitiese ser más exigente en el momento de las negociaciones. Lo cierto es que en lugar de buscar el diálogo con Ho Chi-Minh, se volvió una vez más hacia los americanos. Esperaba Francia que, al quedar libres en Corea, éstos aumentasen su ayuda militar en Indochina. La frase de Laniel es significativa de los argumentos con que esperaban convencer a los yanquis —miedo al comunismo—: «Desde ahora, en Indochina se trata de un episodio de la lucha entre el comunismo internacional y el mundo libre. La ayuda americana, a la que todos los Gobiernos franceses habían puesto límites por lo que podía suponer de injerencia en los asuntos de la Unión, es ahora indispensable».

El Gobierno francés trata, pues, de «vender» la guerra a Estados Unidos, mas por otra parte intenta ocultar la realidad, la existencia de esta guerra a su opinión pública. No se atreve a enviar a Indochina soldados del contingente (hasta el final de la guerra intervinieron únicamente mercenarios y tropas re-

ciudadanas entre los habitantes de las colonias de África y Asia). Ya desde 1948 se dejan de publicar en el «Boletín Oficial» las condecoraciones concedidas por acciones de guerra en Indochina.

La opinión francesa no puede, por consiguiente, intervenir de forma decisiva, como lo hizo más tarde en la guerra de Argelia. Un lucido periodista, Robert Guillaín, deploraba ya entonces el secreto que rodeaba a la guerra de Extremo Oriente: «Las autoridades civiles y militares no han tenido nunca una política informativa; no conocen más que la política de la información. Proporcionar a la prensa un cuadro parcial de la situación, siempre favorable, siempre mentirosa; exigirle que difunda los mitos del pensamiento oficial; no permitir a sus representantes que examinen la verdad directamente; limitar, retrasar, negar la verdadera información; esconder, ante todo, los fracasos, negar los errores, no confesar ninguna culpa. Esta ha sido durante siete años la política de la información. De haber sido diferente, Francia se hubiera levantado quizá antes de que fuera demasiado tarde. Todos estos vicios del sistema llegan al máximo en París, en el mismo Gobierno. En Francia, debido al chauvinismo y la ignorancia de buena parte de la prensa y a la debilidad de un régimen que se desahace, la opinión pública se mantiene indiferente a las mentiras que arruinan a la nación y matan a sus hijos...».

La realidad aparecerá bruscamente a los franceses en el mes de diciembre de 1953, cuando el general Navarre decide aceptar la batalla de Dien Bien Phu. Francia esperaba un incremento de la ayuda americana sin darse cuenta de que el armisticio de Corea dejaba también en libertad a las tropas de China comunista.

Dien Bien Phu

«Un muerto en Europa es un accidente; cien muertos en Asia, un incidente». En Dien Bien Phu se experimentará la certeza de esta teoría del valor de la vida humana según las latitudes. El 3 de diciembre de 1953, el general Navarre centra la defensa de todo el territorio indochino en una planicie, a 300 kilómetros de Hanoi, donde está situada una base aislada. Mucho se le criticará más tarde la elección de este terreno para librar un ataque decisivo, y más aún por haber menospreciado la capacidad de la artillería del enemigo, que comenzó por destruir la pista de aterrizaje de la base. Lo cierto es que desde los primeros ataques de las tropas del general Giap, la situación de Dien Bien Phu es trágica. El 15 de marzo se da por perdida, a menos que la aviación destruya las baterías enemigas que han sido transportadas pieza por pieza, a través de ríos y montañas, por 75.000 vietnamitas y montadas al calor de las noches. Pero, ¿qué aviación? La francesa era insuficiente para esta misión. Se necesitaban los grandes bombarderos americanos.

Durante un mes se celebrarán innumerables conversaciones entre los altos mandos militares de los dos países. El 25 de marzo llega a París el almirante Radford, comandante



Mal informada y engañada, la opinión pública francesa tardó en reaccionar contra la guerra colonial en Indochina, como lo hizo más tarde contra la guerra de Argelia. Sin embargo, a principios de 1949 comienzan las primeras manifestaciones en favor de la paz.

LOS 25 AÑOS

te-jefe de las fuerzas interaliadas, partidario convencido de salvar Dien Bien Phu. Todo por la lucha contra el comunismo. El mismo Foster Dulles declaraba en Washington que «hay que terminar con la amenaza china», y fiel a su política del «borde del abismo» añadía: «Hay que saber ir hasta el borde de la guerra para salvar la paz mundial; existe una ley natural, que no fue creada por el hombre, que decide lo que es justo y lo que no lo es». El vicepresidente Nixon aprueba la posición de Foster Dulles —la misma de todo el «lobby» de generales macarthurianos—. En este preciso momento se encuentra en el Pentágono el general Ely, jefe del Estado Mayor del Ejército francés. Regresa a París el 4 de abril e inmediatamente expone ante el Consejo de Ministros el resultado de su misión: «El Pentágono está dispuesto a proponernos la intervención inmediata de la aviación pesada. Necesitan una contestación rápida; pueden dar la orden de despegue seis horas después de nuestra decisión».

Aviones USA y bombas atómicas

A través del embajador americano Dulles comienzan las gestiones técnicas y diplomáticas. Se avisa a los generales Grunter y Norstad, y el comandante de la base americana de Manila estudia en Hanoi con el general francés Cogny las necesidades materiales para la operación. El comandante americano vuela durante varias noches sobre Dien Bien Phu con todo su estado mayor examinando la posición de la base y de las fuerzas enemigas. El resultado de todos estos estudios: los portaaviones norteamericanos llevarán hasta las costas de Indochina trescientos cazas, y de la base

de Filipinas despegarán sesenta bombarderos pesados. Todos estos aviones irán equipados con bombas de dos mil kilos y arrojarán dos «alfombras de fuego» cada doce horas durante dos días sobre los centros de artillería del Vietminh. Todo está a punto, pero falta por solucionar un problema táctico-diplomático: ¿los aviones llevarán la bandera francesa o la americana? Los franceses insisten en que lleven la bandera tricolor y vayan pilotados por franceses. Los americanos piensan que los franceses no están suficientemente adiestrados para pilotar estos superbombarderos. Se llega a un compromiso: bandera francesa y pilotos americanos...

Una vez aceptada la idea de la intervención directa americana, y puesto que se iban a utilizar los grandes medios, ¿por qué detenerse a mitad de camino? Los científicos americanos habían alcanzado en 1954 una nueva reducción de la bomba atómica, mucho más operacional ya que la de Hiroshima. Fácilmente se pasa a la idea de utilizarlas en Dien Bien Phu. ¿De quién proviene esta idea? Ha habido muchas polémicas sobre el tema y ninguno de los protagonistas del drama indochino ha querido atribuirse la paternidad del proyecto. Jean Raymond Tournoux, en su libro «Secretos de Estado», da la explicación siguiente: «Al bajar del avión que le trajo a París, Foster Dulles insistió en conferenciar inmediatamente con el ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Bidault, para estudiar todas las hipótesis, entre ellas la de establecer un sistema colectivo de defensa contra los comunistas en Asia. El horizonte está cargadísimo, y nadie ve cómo se puede evitar una catástrofe... En el Quai d'Orsay, "Bip" (1) recibe un sobresalto y cree no haber comprendido bien.

«Y si les diésemos dos bombas atómicas para salvar Dien Bien Phu?». El hombre que habla es Foster Dulles. Los dos ministros están de pie, ante la ventana. No hay equivocación posible. Mister Secretary (2) de cultura francesa, antiguo estudiante de la Sorbona, maneja nuestra lengua con seguridad y sabe lo que quieren decir sus palabras. «¿Bombas atómicas?», pero destruiríamos nuestro campo al mismo tiempo que a los viets», contesta inmediatamente Bidault.

Alto, un poco encorvado, el rostro seco, mentón cuadrado, mirada fija, el secretario de Estado lanza este proyecto sensacional «proprio motu»; luego pasará por diversas fases e influencias contradictorias, pero en esta fecha repite: «No aceptaremos el más mínimo progreso del comunismo en Asia del Sur. Se acabó. Si ahora no ponemos un freno, nos barrerán del mapa».

La idea de lanzar la bomba atómica en Indochina no duró mucho tiempo. Pero de ella surgió otra: utilizar la amenaza atómica para doblegar la voluntad de los combatientes vietnamitas y obligar a sus dirigentes a hacer concesiones en la Conferencia de Ginebra, que se está preparando. En realidad, la situación del Gobierno de Laniel es muy delicada en vísperas de esta conferencia; si la aviación americana no interviene, Dien Bien Phu cae y Francia aparecerá como un negociador vencido. Si interviene, la conferencia puede aplazarse y la posibilidad de paz alejarse definitivamente, sobre todo teniendo en cuenta que los dirigentes americanos «intervencionistas» —que hoy llamamos «buitres»— no conciben una eventual operación como un medio de proporcionar mejores cartas a Bidault; se trataría, para ellos, de conducir la guerra hasta la victoria final. Francia está, más que nunca, ligada a los Estados Unidos. Los expertos de ambos países examinan las consecuencias de la intervención americana y de la amenaza atómica. Todos concluyen que el momento es propicio, por varias razones:

- Los chinos no tienen la bomba atómica y no podrían responder a los americanos a menos de pedir ayuda a Moscú.
- Rusia está todavía en inferioridad atómica ante los Estados Unidos.
- La Unión Soviética, después de la muerte de Stalin, ha iniciado una política de «coexistencia pacífica», aceptando la idea de las «zonas de influencia».

El general Navarre afirma entonces que «no habrá reacción rusa», y el Presidente Laniel: «Lo mismo en esta ocasión que meses antes en Corea, la intervención americana no desencadenará una guerra mundial, ya que el comunismo internacional no la desea».

Sembrar la leucemia

A mediados de abril de 1954 están reunidas todas las condiciones para la «intimidación atómica» del enemigo comunista. El general Ely y el coronel Brohon, de la SHAPE, informan a un número reducido y seleccionado de ministros del plan

(1) Bidault.
(2) Foster Dulles.

Mexico comienza en Madrid

En su viaje a México, elija la Ruta del Sol, y desde el aeropuerto, empezará a sentir la inigualable hospitalidad mexicana. Con nosotros, México comienza en Madrid, ofreciéndole un viaje más cómodo y sugestivo.

Nuestra escala en Miami pone a su alcance más de cien conexiones con el Centro y Sur de los Estados Unidos, así como todo el Caribe, haciendo este vuelo insustituible.

Bienvenido a nuestros SUPER
DC 8-63



Ahora
**AERONAVES
DE MEXICO**

con super DC8-63

Av. José Antonio, 88 MADRID
Tel. 248 58 02



destinado a producir un «efecto psicológico» definitivo sobre China. No se trata de reeditar Hiroshima, sino de mostrar a los chinos que USA puede crear, a todo lo largo de la frontera e incluso en el mismo territorio chino, una «línea Maginot de la leucemia», con amplias zonas radiactivas.

Para justificar esta intervención se decide que el Emperador Bao-Dai, «rey de los cabarets de la Costa Azul», como se le llamaba en Saigón, lanzará un llamamiento a todos los países libres contra la «agresión combinada de China y del Vietninh Interior». Sólo falta el visto bueno del Presidente Eisenhower. El embajador de Francia duda de que se pueda obtener, pero Foster Dulles le asegura que «maneja al Presidente como un abogado de la capital a un Tribunal de provincias».

El 19 de abril, Foster Dulles sostiene en la Casa Blanca una entrevista acalorada con Ike, que no se deja manejar esta vez. Las elecciones presidenciales se acercan y el partido republicano no quiere buscar complicaciones exteriores. Al abandonar la Casa Blanca, después de esta conversación con Eisenhower, Foster Dulles declara que «le parece improbable el envío de fuerzas americanas a Indochina».

A pesar de la decisión aparentemente firme de Eisenhower, ni Foster Dulles ni el Gobierno francés pierden todas las esperanzas de obtener la «presión final» americana. Dulles vuelve a París el 24 de abril y se entrevista con el presidente del Consejo, Laniel. Dien Bien Phu, después de seis meses de asedio y una resistencia casi numantina, está en situación agonizante. Las peticiones francesas se convierten en súplicas. El embajador de Francia en Washington, Henry Bonnet, se entrevista con Eisenhower y envía a París el resultado de esta conversación:

«El Presidente piensa que al ordenar en estos momentos una acción militar se tacharía de imperialismo a los Estados Unidos. Sería necesario, para que se decidiese, que la intervención americana se insertase en una acción colectiva».

Fuerza multinacional

Existe, pues, una posibilidad, que comprenden inmediatamente el embajador Bonnet y Foster Dulles: crear una «fuerza multinacional» con los aviones americanos y el consentimiento de Inglaterra, Francia, Australia, Siam, Filipinas y los Estados de Indochina. De esta forma, Dulles está seguro de obtener la autorización del Congreso. Eisenhower insiste en que la participación de Inglaterra —al menos con un avión simbólico— es una condición «sine qua non» para la intervención americana. El general Bedell Smith explica al embajador francés las gestiones necesarias:

«El Gobierno francés debe insistir con energía para obtener urgentemente el consentimiento de mister Edén. Los otros países no plantean problemas. El miércoles podemos obtener la autorización del Congreso para utilizar las fuerzas aeronavales de Estados Unidos. El texto ya está preparado. Todo depende ahora de la contestación de Londres».



Los americanos se fueron infiltrando militar y económicamente en Indochina. Después de haber experimentado un nuevo producto en la guerra de Corea, éste fue utilizado profusamente en la defensa de Dien Bien Phu. En la foto, un militante vietninh quemado por el napalm.

LA GUERRA DE LOS 25 AÑOS

El ministro de Asuntos Exteriores británico, mister Eden, se encuentra en París el 25 de abril y no oculta al Gobierno francés la dificultad de obtener siquiera la participación simbólica que se le pide. Regresa precipitadamente a Londres, donde se celebra, el 27, el debate sobre este asunto en los Comunes.

La posición del primer ministro, Winston Churchill, es categórica: «El Gobierno de Su Majestad no está dispuesto a comprometerse de forma alguna en una acción militar antes de conocer los resultados de la Conferencia de Ginebra». Después de esta declaración, el «viejo león» telefona directamente a Eisenhower para disuadirle de esta empresa.

La victoria militar es, pues, inconcebible. Queda sólo una solución, que aconseja Eden al embajador de Francia en Londres, M. Massigli: «Ya que ni el mismo almirante Radford cree que se pueda salvar Dien Bien Phu con los bombardeos americanos. Equivaldría a iniciar una aventura cuyos resultados serían inimaginables. Sólo una política puede dar resultados felices: la búsqueda de la paz en Ginebra».

Acuerdo en Ginebra

Dien Bien Phu cae el 4 de mayo de 1954. El mismo día comienza la Conferencia de Ginebra, en la que participan representantes de nueve Gobiernos: Vietnam de Bao-Dai, Vietnam de Ho Chi-Minh, Francia, Estados Unidos, Inglaterra, China Popular, Camboya, Laos y Rusia. La posición del representante francés, Bidault, es, desde el principio, incómodísima. Por una parte, los americanos, que pagan las tres cuartas partes de la guerra, no le dejan las manos libres: «Sobre todo, trate de conservar los dos deltas; nos harán falta para nuestra contraofensiva, dentro de cuatro años», le repite constantemente Foster Dulles; y por otra, su Gobierno está a punto de caer. Es

derrocado, en efecto, el 12 de junio. El Presidente de la República llama entonces a Pierre Mendès-France, quien, después de rehusar los votos comunistas en la Asamblea, es elegido primer ministro por 419 votos contra 47. La Asamblea le encarga una misión precisa: conseguir un acuerdo en Ginebra. El mismo señalará una fecha límite: «Mi Gobierno se fijará y fijará a sus adversarios un plazo de cuatro semanas para llegar a un arreglo. Hoy es 17 de junio. Me presentaré ante ustedes el 20; si no he conseguido una solución satisfactoria, presentaré la dimisión al Presidente de la República».

Este ultimátum da resultado. A cambio de concesiones francesas, la dirección militar del Vietninh acepta dividir Vietnam en dos zonas, consintiendo en controlar sólo la mitad de un territorio cuyas tres cuartas partes estaban actualmente bajo su poder. Las negociaciones occidentales deseaban un arreglo semejante, sin esperarlo demasiado. ¿A qué se debe esta concesión del Vietninh?: 1) Al deseo de negociar con Mendès-France, quien consintió en entrevistarse personalmente con el jefe de la delegación china, Chu En-Lai, y con el jefe de la del Vietninh, Pham Van-Dong, a lo que se había negado siempre Bidault. 2) A la convicción de que Norteamérica estaba decidida a intervenir masivamente en la guerra. 3) A la política de «coexistencia pacífica» que propugnaba Molotov, y a la que los chinos, en aquellos momentos, no se oponían. Se llegó a un armisticio el 21 de julio, tomando como base los siguientes acuerdos referentes a Vietnam: a) División provisional del país por el paralelo 17. El Norte, con una población de 14 millones de habitantes, sería dirigido por Ho Chi-Minh; el Sur, con 12 millones, por Bao-Dai. b) Las fuerzas francesas serían evacuadas del Norte durante el mes de octubre siguiente. c) Prohibición a las dos partes de reforzarse militarmente. d) Creación de una comisión internacional de control. e) Organización de elección

para realizar la unificación del país antes del 20 de julio de 1956. f) Ninguna de las dos partes debe firmar tratados de alianza internacional de carácter militar.

Ya sabemos el caso que se hizo de estos acuerdos, mil veces violados. Si bien Francia abandonó el Sur antes de las elecciones... éstas no llegaron a celebrarse nunca. Pero, ¿a quién comprometían estos acuerdos, ya que ninguno de los representantes en la conferencia los firmaron? En realidad no fueron más que unas condiciones de armisticio entre el Ejército francés y los delegados del Vietninh. El delegado americano, Bedell Smith, se negó a apostar su firma al lado del representante de China popular; el de Saigón manifestó su desacuerdo desde el principio... Por eso ningún Gobierno —ni comunista ni occidental— se sintió atado por la Conferencia de Ginebra.

Las cuentas: muertos y dólares

Para Francia, el resultado fue desastroso. Ho Chi-Minh se instala sólidamente en el Norte, y su amigo del Sur, Bao-Dai (cuyas tropas han evitado batirse enérgicamente durante toda la guerra), no le agradece la independencia otorgada a la fuerza. Se vuelve hacia los Estados Unidos, cuyos instructores militares, diplomáticos e industriales han ido sustituyendo paulatinamente a los franceses. ¿No era normal? El compromiso americano en el conflicto era ya total. En 1954, Estados Unidos había tomado a su cargo casi la totalidad del coste de la guerra, en la que invirtió cuatro mil doscientos millones de dólares. Por parte francesa hay que cifrar el déficit en muertos. Según una estadística seria, hubo 20.685 muertos de la metrópoli; 11.620 legionarios; 15.229 africanos; 26.666 indochinos del Ejército francés, y 17.579 de los Estados Asociados.

Dien Bien Phu y Ginebra significaron para Francia el fin de sus ilusiones en Extremo Oriente y un descanso en la guerra, que continuó con las mismas características en Argelia. No sólo eso; de la misma forma que hoy el combate vietnamita sirve de ejemplo a los pueblos explotados y oprimidos, el Vietninh demostró que se podía vencer al imperialismo francés.

Por su parte, los Estados Unidos comenzaron su compromiso con la derecha vietnamita que ellos mismos instalaron en el poder. (Ngo Dinh-Diem, que residía en los Estados Unidos desde hacía muchos años, fue nombrado primer ministro por Bao-Dai a instancias de Estados Unidos, el 17 de junio de 1954, apresurándose a declarar que consideraba inaceptables los acuerdos de Ginebra.)

Aquí comienza la historia contemporánea de la guerra de Indochina, que al extenderse a Laos y Camboya vuelve a merecer su denominación primitiva, después de haber sido durante años la guerra de Vietnam. Si bien es cierto que la historia no se repite nunca de la misma forma, es indudable que se copia mucho. ■ R. L. CH. Fotos: ROGER VIOLLET.